

“La pérdida de visión es, de alguna manera, la pérdida de la razón. Si una sociedad se vuelve ciega en este sentido, si olvida la solidaridad, el deber, el respeto, se convierte en una especie de nido de serpientes. De ocurrir esto, la ceguera impera. Yo creo que la gente se está volviendo ciega, porque no se está dando cuenta de que nuestra manera de vivir es totalmente errónea y nos lleva al desastre, que se podría producir si continuamos por el camino en que nos encontramos.

José Saramago



“Ilumina nuestros sentidos
Infunde amor en los corazones,
Sostiene reforzándolos
La debilidad de nuestros cuerpos”

Himno: Veni, Creator Spiritus

PARA LEER...

PERA C., “Pensar desde el cuerpo. Ensayo sobre la corporeidad humana”, Triacastela, San Sebastián, 2006.

Servicio de Atención Espiritual
–Centro San Camilo - Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org

EVANGELIO (Jn 9,1-41)

Lectura del santo Evangelio según San Juan

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron:

- Maestro, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego?

Jesús contestó:

- Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.

Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo:

- Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).

El fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban:

- ¿No es ése el que se sentaba a pedir?

Unos decían:

- El mismo.

Otros decían:

- No es él, pero se le parece.

El respondía:

- Soy yo.

Y le preguntaban:

- ¿Y cómo se te han abierto los ojos?

El contestó:

- Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver

Le preguntaron:

- ¿Dónde está él?

Contestó:

- No sé.

Llevaron ante los fariseos al que habla sido ciego. (Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos). También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.

Él les contestó:



- Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

Algunos de los fariseos comentaban:

- Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.

Otros replicaban:

- ¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego:

- Y tú ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?

Él contestó:

- Que es un profeta.

Pero los judíos no se creyeron que había sido ciego y había recibido la vista, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron:

- ¿Es éste vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?

Sus padres contestaron:

- Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos nosotros, y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse.

Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos: porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: «Ya es mayor, preguntádselo a él.»

Llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron:

- Confiésalo ante Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.

Contestó él:

- Si es un pecador, no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo.

Le preguntan de nuevo:

- ¿Qué hizo, cómo te abrió los ojos?

Les contestó:

- Os lo he dicho ya, no me habéis hecho caso: ¿para qué queréis oírlo otra vez?, ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?

Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron:

- Discípulo de ése lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ése no sabemos de dónde viene.

Replicó él:

- Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene, y sin embargo me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es religioso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder.

Le replicaron:

- Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?

Y lo expulsaron.

(Imagen: la piscina de Siloé)



Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo:

- ¿Crees tú en el Hijo del Hombre?

Él contestó:

- ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

Jesús le dijo:

- Lo estás viendo: el que te está hablando ése es.

Él dijo:

- Creo, Señor,

Y se prostró ante él. Dijo Jesús:

- Para un juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, queden ciegos.

Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron:

- ¿También nosotros estamos ciegos?

Jesús les contestó:

- Si estuviérais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís que veis, vuestro pecado persiste.



Comentario

El evangelio de este domingo 4º de Cuaresma relata con lujo de detalles la curación de un ciego de nacimiento. Este ciego es figura del hombre sometido a su sola visión de las cosas, encerrado en sus criterios personales, sin querer confrontarse con la luz para que no sean vistas sus obras erróneas. La propia tiniebla impide al ciego “ver” a Jesús y, por tanto, reconocer la nueva vida que ofrece a cuantos le dan su lealtad, es decir, a los que creen en él.

El proceso recorrido por el ciego, desde la oscuridad total hasta la visión plena, está lleno de enemigos que le impiden avanzar. El ciego los va sorteando con seguridad gracias a la compañía de Jesús que actúa de guía y sostén. Para nosotros, dicho proceso representa el camino, nada fácil, que el creyente ha de realizar en su vida y que, en final feliz, culmina con la aceptación de Jesús como luz y Señor de la propia vida.

Jesús Mª Ruíz